

## Es de libro. Un diario

Ricardo PITA MACAYA

### 20 de junio

Leo un diario de Rodrigo Fresán que se publicó en la revista *eñe*. He sido siempre un lector de diarios: de escritores, de políticos, de artistas, de quien sea. Me interesan todos. Por supuesto los más personales, los íntimos, los repletos de chismes, los impúdicos o maledicentes, los que cuentan menudencias de la vida más doméstica. Pero ataco también con gusto los más “elevados” y metafísicos, aquellos que más parecen cuadernos de notas que un diario propiamente dicho, los que sólo recogen observaciones tan elevadas que no averiguan nada de quienes los escriben, apenas sus más o menos elevadas reflexiones, a lo sumo con una pizca insignificante de cotidianeidad, tipo ‘he comprado unos cuadernos’, o ‘M. (que suele ser su pareja) me pregunta por P.’ (que suele ser un antiguo amigo).

Este diario de Fresán gira sobre las mínimas tribulaciones de un bibliómano, él, que se traslada de casa y tiene que mover su enorme biblioteca. De paso, hay observaciones sustanciosas acerca de algunos escritores que le han guiado en sus entusiasmos. Fresán me parece un crítico excelente, tanto en revistas y periódicos como en los muchos prólogos que le encargan para libros de otros. Siempre aparece lleno de vigor, de una fuerza impetuosa que anima a leer lo que él recomienda. Pero me interesa poco como novelista. En ese lado no he tenido suerte. Y su última novela, me dicen, juega con la ciencia ficción. Uf, nada, no quiero saber nada. Lo prefiero como recomendador de libros ajenos.

**67**

El diario de Fresán me da la idea de ir pergeñando este diario, que recogerá, si me sale, historias mínimas de un bibliómano, de un hombre que vive en parte alrededor de los libros, que lee los que puede (siempre muy pocos, poquísimos, por definición), y que además trabaja haciendo libros, más exactamente moviendo todos los hilos para lograr que los libros de otros salgan bien hechos, aunque no acaba de considerarse exactamente un editor. No sé qué saldrá, si tendrá o no algún valor. Eso lo veremos al correr de los días.

### 30 de junio

Algo cada vez más difícil de alcanzar en mi propia ciudad: el gusto de estar en una librería sin hablar con nadie, sin topar con conocidos, sin verme obligado a saludar. Ser invisible, totalmente ignorado, desconocido. No tener que mantener conversaciones con los libreros, o con amigos que me distraen de lo que quiero: vagabundear, tal vez comprar, dudar, volver sobre mis pasos, ojear y hojear las novedades, o irme sin comprar nada. La libertad asociada al anonimato.

#### 4 de julio

Necesito poseer los libros, comprarlos, que sean míos, leerlos o releerlos cuando quiera. Me gusta comprarlos, disfruto mucho en la operación demorada en la librería, pero tal vez no leerlos hasta años después, o comprar incluso por si acaso, o comprar algunos que me interesan dudosamente.

Tengo una amiga, sin embargo, que no tiene ningún sentido posesivo, ningún afán de conservación. Compra libros, los lee —o los abandona si le aburren—, y luego me los revende, a un precio que solemos regatear, en un juego que nos divierte. Así me hice anteayer con el *Diario del hombre pálido*, de Juan Gracia Armendáriz, que tenía intención de comprar pero se me había ido quedando atrás en mis rastreos por las librerías. Bendito negocio he hecho. Es un texto lleno de sabiduría en su composición, el libro de un escritor que encuentra el tono más ajustado para contarnos su pelea de hombre enfermo que quiere ser más, mucho más que un hombre enfermo, que vive como puede, ama, hace deporte, lee y escribe, convive con otros enfermos en sesiones de diálisis contadas maravillosamente, un hombre que a veces se desespera un poco por las limitaciones que padece, pero casi siempre conserva la esperanza. Juan, al que conozco un poco y con el que he disfrutado algunas conversaciones sobre las lecturas de cada quien, ha conseguido no sólo su mejor libro hasta ahora, sino un libro mayor. Su lectura me ha hecho pasar un fin de semana perfecto, y me alegro de que esté teniendo una notable repercusión. Recuerdo, por ejemplo, entre las muchas referencias al libro que han ido apareciendo en suplementos, periódicos y otros medios, un magnífico y extenso post de Vicente Verdú, que vio una entrevista a Juan en CNN+ y se quedó impresionado. Este libro se merece una legión de lectores.

68

#### 9 de julio

He venido, aprovechando que estoy de vacaciones muy cerca, a la Semana Negra de Gijón. Hace dos años también me acerqué un viernes, el primero de la feria, que dura diez días. Entonces todavía celebraban la cita con la novela negra y policial en la playa de Poniente, en el centro de la ciudad. Ahora la ubican al lado de otra playa, la del Arbeyal, mucho menos principal, más proletaria, en una zona en la que coexisten edificios muy modernos y naves de un polígono industrial en declive, un polígono típico de ese Gijón (de esa Asturias, en realidad) que a partir de finales de los años setenta se fue hundiendo y se ha visto obligada a buscar nuevos modos de supervivencia económica y mudar su piel. La feria queda encajonada entre la playa, que hoy está muy nutrida, y un césped donde se agolpan un buen número de mujeres (sólo mujeres) tomando el sol en *topless*.

Lo primero que se encuentra el visitante es un real de feria. Hay barracas clásicas, como la noria, los autos de choque o los caballitos, junto a otras más novedosas. Pero domina brutalmente la cháchara estentórea del hombre de la tómbola. Parece el mismo hombre de todas las tómbolas de barracas del mundo, con el mismo tono que ya oíamos de niños, hablando de muñecas para el caballero o la señora.

Abundan los puestos de comida. Comida turca, cubana, salchichas, bocadillos de todas clases, intensas fritangas que al calorazo de la media tarde marean al visitante al revolverse con los sabores de los puestos de dulces. Y muchos puestos solidarios en los que se venden camisetas y objetos tontos de artesanía.

Libros no hay muchos, la verdad. La mayoría de las casetas venden volúmenes ajenos a la temática del encuentro. Sólo el puesto de la librería *Negra y Criminal*, de Barcelona, tiene la entidad que el evento reclama. Hay otros *stands* más modestos con oferta de algo de novela negra, y alrededor de ellos lugares donde se vende ocultismo y otras patrañas, o estudios sobre el materialismo dialéctico y el imperialismo, o biografías de revolucionarios mexicanos, cubanos y argentinos, o todos los saldos de la editorial asturiana Júcar, ya fenecida, donde siempre hay algo que merece la pena (compro, por quinta vez, *Adolphe*, de Benjamin Constant, maravilloso librito). Por suerte, encuentro además dos o tres puestos en los cuales el bibliópata puede hacerse, a precios bajísimos, con ediciones muy solventes de *Senectud*, de Italo Svevo, los *Diarios* de Tolstoi, *El mundo de ayer*, de Stefan Zweig, o *La muerte de Virgilio*, de Hermann Broch. Volúmenes, como se ve, escasamente policiales, pero que siempre viene bien comprar, aunque ya se tengan.

Se supone que el lugar central de esta semana es la carpa en que se celebrarán los debates entre escritores y las presentaciones de libros del género. Pero hoy los escritores estarán llegando a Gijón, calculo, en el tren que les trae de Madrid, y luego se correrán su primera juerga nocturna por la ciudad. Hasta mañana no se arrimarán a esta carpa, tardíos y resacosos. Hoy las ciento y pico sillas del lugar están vacías, y sólo dos técnicos andan probando micrófonos.

69

En tiempos fui un loco de la novela negra y policial. Hoy el género sigue de moda, y los editores no saben ya a qué nuevo autor nórdico publicar, embarcados en la búsqueda frenética de otro Stieg Larsson. Pero yo no soy el mismo. En los últimos tiempos sólo he leído la última pesquisa de los guardias civiles de Lorenzo Silva, *La estrategia del agua*, que me ha parecido peor que las anteriores, aunque su factura es solvente, y *La vida fácil*, de Richard Price. Pero Price, de quien recuerdo novelas buenísimas, como *Clockers* y *Freedomland*, cada vez es menos encasillable en el género. En *La vida fácil* la intriga no importa nada. Lo que hace Price es retratar a unos policías con vidas muy aperreadas, y en especial analizar cómo un crimen descalabra a una familia. Gran novela realista, sin más adjetivos.

## 20 de julio

Ayer terminé de leer un libro de memorias que comencé sin demasiadas ganas, y que me fue envolviendo, *Stet (Vale lo tachado). Recuerdos de una editora*. Me temo que deben abstenerse de su lectura quienes no vivan o sufran alrededor de la publicación de libros, aunque tiene una segunda parte de soberbios retratos de algunos escritores. Su autora, Diana Athill, que trabajó muchos años junto a André Deutsch, el gran editor inglés, cuenta, entre otras muchas cosas, una experiencia sumamente aleccionadora. Tanto, que le lleva a concluir: “de una vez por todas me enseñó la naturaleza de mi oficio”.

Se trataba de editar un libro sobre el descubrimiento de Tahití. Pero “era un libro escrito por un hombre que no sabía escribir”. Tras diversas incidencias, fue la misma Athill quien tuvo que asumir, con todo su entusiasmo de juventud, una tarea abrumadora. “Dudo mucho que hubiera una sola frase (...) que no alterase y que a menudo tuviese que mecanografiar de nuevo”. El autor se limitó en ese largo periodo a consentir la reescritura, y Diana Athill disfrutó con el esfuerzo: “Fue como ir retirando capas sucesivas de papel de estraza arrugado para desenvolver un paquete de formas extrañas e ir revelando el regalo atractivo que en efecto contenía”.

Cuando salió el libro, la reseña del *Times Literary Supplement*, muy elogiosa, resaltaba entre otros aspectos la elegancia de su escritura. Diana Athill, orgullosa de su aportación, recibió sin embargo una nota del autor: “Notará usted el comentario sobre el estilo, que confirma de hecho lo que siempre he pensado, y es que todo este jaleo nunca fue necesario”.

La editora concluye: “un editor nunca ha de esperar que le den las gracias (a veces se las dan, pero siempre hay que considerarlas como una propina). Hemos de recordar siempre que sólo somos las comadronas. Si queremos que se elogie a la progenie, tendremos que dar a luz a nuestros propios hijos”.

Es una lección que trato de no olvidar nunca. Y que deben respetar no sólo quienes trabajan estrictamente en la edición, sino también esos traductores, correctores o críticos que darían un brazo por triunfar en la otra orilla, en la de la creación, por ser reconocidos en ese lado de la luz, no en el lado oscuro.

70

## 29 de julio

Hace dos meses me visitó una pareja. Él, cuarentón, ella de veintipocos años. Viven en Cataluña. Su aspecto es modesto, aunque en su conversación eran muy educados. Sin móvil, estuvieron mandándome correos electrónicos desde ordenadores de bibliotecas públicas de Pamplona en los que solicitaban verse conmigo. Querían saber qué pueden escribir sobre Navarra. No son de aquí, no han escrito nunca sobre esta tierra, me dijeron que trabajaban en una asesoría legal. En realidad no han escrito nunca nada. Pero estaban dispuestos a hacerlo sobre el tema navarro que yo les indicara. Cualquiera. Historia, geografía, etnología, naturaleza, instituciones... Parecían atreverse con todo. Yo me quedé un poco desconcertado. No sabía por dónde empezar a explicarles que las cosas no funcionan así, que es más lógico que ellos tengan definido, lo primero, qué les interesa estudiar y que luego, ya escrito lo que fuera —sin encargo previo, compromiso ni adelanto económico, eso sí se lo dejé claro—, veríamos si tenía interés o no publicarlo.

No debieron de quedarse muy satisfechos. Un compañero de otro departamento me dice hoy que acaban de visitarle a él exactamente con el mismo planteamiento. No han arrancado todavía, no tienen nada que enseñar. Pero, por lo que me ha contado del tono de su entrevista, no logré convencerles en absoluto.

## 1 de septiembre

Ayer un distribuidor me regaló un libro todavía no publicado. En realidad, me dio un montón de hojas encoladas, con una falsa cubierta, de una novela francesa. Es una prueba todavía repleta de erratas. La novela se publicará dentro de unos meses. Me he sentido un privilegiado, alguien que está en posesión de un pequeño adelanto, de un secreto, del secreto de un libro que en su momento se espera que sea un *best seller*.

Hoy R., un amigo, me ha regalado varios libros. R. es el coordinador de la sección de críticas de libros en una revista literaria, y por ese desempeño recibe constantemente paquetes y cajas con las novedades de todas las editoriales. R. no parece tan entusiasmado como yo con esos envíos que amenazan con abarrotar su estudio en cuatro días. Y más de una vez he leído comentarios de otros críticos, también abrumados con los paquetes de novedades que no cesan de llegarles.

Así que no es raro que en la cuesta de Moyano, en Madrid, haya podido comprar este bibliómano más de una vez ejemplares que tenían dentro la tarjeta de saludo del autor, o del editor, a veces con unas líneas en las que se rogaba al crítico que reseñara el libro en cuestión. El otro día, por ejemplo, compré por internet un libro de Patricio Pron, el escritor argentino, que contenía una tarjeta de la responsable de comunicación de la editorial. En ella había escrito a mano: *por deseo expreso del autor*. El que lo había recibido gratis, antes de venderlo a la librería de ocasión donde yo lo adquirí, había tomado notas de uno de los relatos que incluía, y ahí las había abandonado, tal vez porque en otro relato, en la primera página, había rodeado con un círculo todos los “que” que se había encontrado. Y eran muchos, ciertamente, aunque a mí no me molestaban nada.

71

Yo, que salvo en contadísimas excepciones me compro y pago mis libros, sí he tenido varias veces esa sensación de agobio por motivos algo relacionados: cuando he sido jurado de premios y he tenido que leer muchas cosas infumables, o cuando, sin premio por medio, he debido leer por obligación o por compromiso. Peor aún: cuando he debido opinar públicamente atendiendo no al libro, sino a consideraciones, digamos, sociales.

## 6 de septiembre

Feria del libro antiguo y de ocasión en San Sebastián. Visito esta feria hace años por estas fechas, y siempre encuentro, a muy buen precio, cosas que no me he decidido a comprar antes, por ejemplo de editoriales tan solventes como Tusquets y Anagrama. Hay además un librero que suele ofrecer, a precios muy bajos, gran parte de lo que ha publicado el Círculo de Lectores en los últimos tiempos. Hoy, entre otras cosas, compro por nueve euros el primer volumen de la edición del Círculo de las obras completas de Vargas Llosa, con los relatos de *Los jefes*, las novelas *La ciudad y los perros* y *La casa verde*, el extraordinario *Los cachorros*, y una conferencia sabrosísima, *Historia secreta de una novela*. En el catálogo del Círculo yo sabía que esta compilación del primer Vargas Llosa se vende a 45 euros. Por supuesto, tengo en varias ediciones todos esos libros, pero por nueve euros no me podía resistir.

Veo también que por cinco euros puedo llevarme la última novela de Thomas Pynchon, *Contraluz*. Lástima, la compré precisamente el mes pasado en el Círculo por treinta. Y eso que es un libro que intimida. Más de mil páginas que exigen, seguro, una ardua y morosa lectura. Necesitaré mucha calma y tiempo para poder hincarle el diente a Pynchon. Algo imposible de encontrar con la vida que llevo, o que llevamos. ¿Cuándo encontraré las condiciones?

En el prólogo del volumen que he comprado, del propio Vargas Llosa (¡ay, qué maravillosa claridad y elegancia en su exposición!), me sorprende encontrar una reticencia, varias veces expresada, hacia su segunda novela, *La casa verde*. Vargas Llosa, que se recuerda muy distinto en los ya lejanos años sesenta, cree que complicó demasiado esta novela, atraído por el experimentalismo formal. Ese riesgo, desde luego, lo salvó muy bien conforme fue haciéndose mayor, y desapareció del todo hace muchos años. El problema para mí es que hace muchos años que sus libros no tienen interés, y cada vez se leen peor. ¿Desde cuándo no he disfrutado de verdad con una novela de Vargas Llosa? Me parece que desde *Lituma en los Andes*, hace 17 años. Por ejemplo, no entiendo la veneración casi general por *La fiesta del chivo*. No quiero ir de raro, pero es que me aburrí tanto, me pareció tan previsible, página a página...

PD. Hoy, cuando estoy a punto de entregar estas notas, han concedido a Vargas Llosa el premio Nobel. Me parece justo. Acabo de leer algo de Javier Cercas que comparto sin reservas: cuando uno ha escrito tres novelas como *La ciudad y los perros*, *La casa verde* y *Conversación en la Catedral*, ya se ha ganado ese premio. Da igual lo que escriba después, su aportación ya le hace merecedor del Nobel y de los premios que haga falta. Y, por supuesto, para concederle un premio que se supone que es literario, debería dar igual lo que opina sobre el comunismo o el liberalismo, o si cambia de opiniones políticas a lo largo de su vida. Todo eso son, en estos momentos, banalidades.

72

Justo hoy, también, leo en el blog de Alberto Olmos, *Hikikomori*, algo que relaciono inmediatamente con Vargas Llosa. A Olmos lo acaban de incluir, los de la revista *Granta*, en la lista de los veinticinco escritores en castellano menores de 35 años más prometedores. Y reflexionando sobre su edad, la ambición inmensa que puso en sus primeros esfuerzos literarios, y lo que supone la ambición en la literatura, dice: "Dudo mucho de que los autores mejoren con los años; estoy seguro de que empeoran. Los que ya hemos publicado cinco novelas o más nos damos cuenta de que no teníamos tantas cosas que decir, y de que cada día hay menos ilusión por decirlas. De principiante, uno no piensa más que en partir la historia de la literatura en dos; no tiene que atender a minucias como qué editorial publica o quién escribe o qué críticos critican. Se escribe a lo grande, de pequeño. Pero después va dando la impresión de que no merece la pena, al menos no merece la pena el derrame cerebral, el despellejamiento del alma, el darlo todo a un papel en blanco. Vivir es bello a veces, como dice Francisco Brines. Escribir bien no es bello nunca; es dolor. Y uno a veces quiere dejar de hacerse daño". Vargas Llosa creo que hace años que quiso dejar de hacerse daño, aunque, por lo que dicen, sí mantuvo un régimen de trabajo espartano.

## 10 de septiembre

Ayer cené en casa de unos amigos. Son gente acomodada, una pareja de clase media de esas que todos los meses ingresan más de cinco mil euros. Hablamos de novelas policíacas, lo cual

parece ser ahora sinónimo de novelas de nórdicos. Mis amigos están atentos a todas las novedades del género. Pero eso sí: novelas que puedan sacar de la biblioteca cercana a su casa. Porque nunca compran un libro. Todos los leen aprovechando el servicio de préstamo. No es el único caso que conozco, por supuesto. Muchos de mis conocidos se proveen de libros de la misma manera.

A veces, pero no siempre, esas personas se refieren a la falta de espacio en su casa o, incluso, y eso ya me parece más sorprendente, a lo caros que son los libros. Estamos hablando de personas que visten buena ropa (¡que esa sí que es cara!), que viven en buenas casas, y que te asestan, a la menor, su último viaje a Estambul, Nueva York o Siria. Sé que vivimos en una época que reivindica el gratis total en la cultura, tontería que no comparto si no introducimos distingos de varias clases. Pero, hombre, lo de caro es relativo, ¿no? Al menos para ellos.

Ya sé que no sería nada fácil instrumentarlo, pero creo que el criterio debería ser muy otro: el servicio de préstamo de las bibliotecas deberían poder usarlo casi exclusivamente quienes todos los meses tienen que ajustar al céntimo sus gastos: las personas en paro, los estudiantes, los pobres. Y en todo caso, creo, y muy ocasionalmente, la ínfima minoría de los bibliómanos, aquellos que además de comprar libros sin parar tienen tal necesidad de consultar volúmenes, de probar todos los libros, que también podrían caer en la ruina si no tuvieran esa clase de ayuda para su patología.

Luego, pensando en esos acomodados que consumen sólo libros en préstamo, con lo que obstaculizan el acceso a ellos a quienes de verdad más los necesitan, se me ocurre una explicación adicional. Esas personas pertenecen a la mayoría que nunca lee algo dos veces. C. S. Lewis dice que “el signo inequívoco de que alguien carece de sensibilidad literaria es que, para él, la frase ‘Ya lo he leído’ es un argumento inapelable contra la lectura de un determinado libro”. Para esas personas, sigue Lewis, un libro leído es un libro muerto, “como una cerilla quemada, un billete de tren utilizado o el periódico del día anterior: ya lo habían usado”.

73

## 16 de septiembre

En el trabajo hemos tenido un lío de esos que se producen de vez en cuando. Un libro ha salido mal, y la culpa del desaguado no está clara. Puede ser de quien lo compuso, de quien lo imprimió, de quien hizo de coordinador editorial donde yo trabajo, o puede ser que las culpas estén repartidas entre todas las partes del proceso. Como a lo peor hay que repetir la impresión, y es un libro caro, quiero hablar con todas las partes antes de decidir nada. Eso me empuja a algo que me gusta, aunque no lo hago con la frecuencia debida: visitar la imprenta. Es una imprenta grande, con maquinaria muy sofisticada. Tratamos el problema que me ha traído, y luego, ya más relajados, la situación del sector. Entre recuerdos, algunas noticias más o menos chismosas sobre gente del oficio y algunas risas, los de la imprenta se lamentan, con datos apabullantes, de la crisis, y de cómo ha golpeado a todo el sector de las artes gráficas. Hablamos de gente que conozco, que es muy buena en lo suyo pero ha caído en el paro más negro, y ya no encontrará otro trabajo. Vuelvo a la oficina con el ánimo sombrío. Y recuerdo

un hombre que conocí cuando yo empezaba, un verdadero experto, en tiempos, en la linotipia, y luego, cuando éstas desaparecieron, en la fotocomposición. Un corrector formidable, además. Un día, tras una crisis anterior, que dejó las empresas de composición reducidas a la mínima expresión, me lo encontré cortando entradas en la puerta de los cines Carlos III. Nos sonreímos incómodamente, y no dijimos nada.

### 18 de septiembre

Hace poco más de un año, agobiado por la proliferación selvática de libros en casa, tuve que gastarme mis ahorros (y los que no tenía, claro, para lo que obtuve “ayuda” de una caja de ahorros) en comprar un local situado justo al lado del portal en que vivo. Por su amplitud, y la altura de sus techos, podré meter ahí en el futuro varios miles más de libros. Pero bajar algunos, los que sea, de mi casa a ese local, es algo que hago con cierto sufrimiento. Siento que los libros que dejan mi casa y pasan a ubicarse en el nuevo hogar sufren una inocultable degradación que los coloca en la antesala de su eliminación, al menos de su eliminación en mi biblioteca. Es inevitable la operación, pero me incomoda.

Hoy he organizado una cita con amigos en casa, y me veo obligado a quitar, de la mesa donde cenaremos, unos ochenta libros que se han ido quedando ahí, a falta de un sitio mejor del hogar donde depositarlos. Como éstos no quiero que vivan todavía en la bajera (¡están recién comprados!), debo expulsar otros de casa para que los de la mesa encuentren acomodo. Los volúmenes camino de la bajera siento que van a una premuerte. La operación me lleva un gran rato, porque en ella me asaltan dudas constantemente, y la tarde se me va tomando decisiones que oscilan entre la dureza y la piedad.

74

### 25 de septiembre

Voy a la feria del libro antiguo y de ocasión de Pamplona. Entre ofertas que merecen un examen detenido, hay muchísima morralla. Son libros, ¡una cantidad pavorosa!, que no es que ahora estén de saldo, es que resulta increíble que hace tiempo alguien se tomara el trabajo de publicarlos. Lo primero por su contenido, claro, absurdo, disparatado, efímero. Pero también por otros factores: traducciones anónimas y delictivas de grandes obras de la literatura universal, cubiertas que provocan traumatismos oculares irreversibles, encuadernaciones tan zafias o precarias que no permiten que el libro se abra ni una sola vez sin que se descuajeringue.

Lo peor es que me compro dos libros que ya tenía. Y mucho más preocupante es que los compro entusiasmado. Uno de ellos, *El último negro*, de Ramón Buenaventura, tuve la intención de leerlo en cuanto lo adquirí, hace años, pero entonces cierta novela se cruzó por el camino y la de Buenaventura quedó relegada y cayó en el olvido. Hasta hoy, que la he vuelto a comprar. El otro, *El libro de mi madre*, es de Albert Cohen. Vuelvo a casa, pasan varias horas, y de pronto tengo un palpito; busco ese volumen, lo encuentro muy pronto. Incluso tiene páginas subrayadas, unas seis o siete. Está claro que lo empecé... El resto del día se me va en melancólicas fruslerías sobre el tiempo que pasa y el deterioro de mi memoria, que de joven



era formidable. Ah, y en leer *El libro de mi madre*. Me interesa mucho, como tantos otros que abordan el recuerdo del padre o de la madre del escritor (Richard Ford, Simenon, Kafka, Paul Auster, etc.); ¡pero es que al mismo tiempo leerlo es ya una cuestión de orgullo!

## 29 de septiembre

Anteayer presenté una conferencia que dio en Pamplona Juan Cruz, periodista de *El País* y escritor, y que además fue varios años el director de la editorial Alfaguara. Juan Cruz tiene fama de muy listo e hiperactivo, y en el poco rato que puedo verlo en acción lo confirma, antes y después de la charla y mientras cenamos. Curioso, pregunta mucho a todos los que le presentan y cuenta infinidad de anécdotas, recuerda al instante los nombres de quienes lo rodean y los saca a colación con soltura instantánea, y todo lo hace mientras maneja diestramente dos móviles con los que no para de enviar y recibir mensajes y de llamar.

Me comprometí hace tiempo a esos cuatro minutos de presentación porque sabía que eso me obligaría, gozosamente, a leer *Egos revueltos. Una memoria personal de la vida literaria*, que, como el subtítulo indica, son los recuerdos de Juan Cruz sobre los escritores que ha conocido en su vida —no sólo, claro, en los años en que ejerció como mandamás de Alfaguara—. El libro tiene un título formidable, y merece mucho la pena. Son recuerdos sin sangre, porque la voluntad de Juan Cruz es la contraria: celebrar lo mucho que el contacto personal con los grandes nombres de la literatura le ha dado en su vida, desde que muy joven, periodista en Tenerife, soñaba con plantarse en la casa de Guillermo Cabrera Infante en Londres, impresionado por la lectura de *Tres tristes tigres*.

75

Después de la cena y las despedidas, E. y yo acompañamos a Juan Cruz al hotel. Mañana, nos dice entre frecuentes miradas a sus móviles, tiene muchas cosas que hacer en Madrid. En los días siguientes, me entero por su blog de que está en México, en Nueva York, en Colombia, en... Y entre tanto no dejan de aparecer entrevistas que hace a personas de toda clase. Su voluntad sigue siendo la de comerse la vida con avidez, sin descanso ni freno. ¿De dónde sacará además la fuerza, la concentración y la calma que requieren la escritura de sus libros, algunos magníficos, y que por otra parte publica con puntualidad anual?

## 1 de octubre

Estamos comenzando la edición de un libro que cabe incluir en la casilla de los complicados. Muchas fotografías, textos de distintos tipos y autores, incluso un documentalista, un coordinador editorial y un diseñador que debe poner en página todo lo que los demás vayan entregándole, de acuerdo con las pautas marcadas por el director editorial. Cada uno de los que intervienen tiene sus rutinas, sus manías, su ego más o menos hinchado y sus fobias.

Mi función es la de mediador. Actúo por encima, o por debajo, de todos ellos. Y es tarea difícil, muchas veces incómoda: templar gaitas, atender a cada uno como se merece, pero al mismo tiempo vigilar que el proyecto no encalle ni se salga de madre... ¿Tengo la paciencia, la habilidad y la firmeza necesarias? Dudo.

Juan Cruz, en *Egos revueltos*, tiene páginas muy valiosas sobre cómo debe gestionar un editor los egos de los autores. Cómo debe ponerse al servicio de ellos, animarlos, cuidarlos, frenarlos a veces. El libro de Diane Athill que he citado en este diario también es ilustrativo en muchos fragmentos de su delicado y complejo modo de conducirse con los autores. Y recuerdo también las memorias de un editor que más me han entretenido en muchos años: *Editar la vida*, de Michael Korda, un libro verdaderamente cautivador. El autor cuenta sus andanzas retocando textos de novelistas, pero también de actrices, cantantes, personas con el ego no revuelto, sino desatado, hipertrofiado, personajes repletos de exigencias, fragilidades y, siempre, susceptibilidad. No conozco otras memorias de un editor tan divertidas como las de Korda.

### 5 de octubre

Hoy ha sido un mal día, lleno de pejiguas y exigencias estúpidas, un día extremadamente “moderno”, muy de nuestra época. Tal vez por eso, he dejado muy pronto el libro que estaba leyendo, y me he acordado de unas palabras de Philip Roth que Rodrigo Fresán recoge en su diario: “La clave no es trasladar libros a pantallas electrónicas. No es eso. No. El problema es que el hábito de la lectura se ha esfumado. Como si para leer necesitáramos una antena y la hubieran cortado. No llega la señal. La concentración, la soledad, la imaginación que requiere el hábito de la lectura. Hemos perdido la guerra. En veinte años, la lectura será un culto... Será un hobby minoritario. Unos criarán perros y peces tropicales, otros leerán”.

**76**

No me gustan nada los lamentos apocalípticos. Pero me da rabia sospechar que ya soy un dinosaurio. En fin, puede que todo se reduzca a eso: ha sido un mal día.